



VIVENCIAS DE UNA HIJA

Lourdes CASTRO



UELLE de Cádiz, una de tantas tardes. «Mamá, ¿falta mucho?» «No, casi está por llegar. Mira en esa dirección, pronto lo verás». Nervios a flor de piel, ganas inmensas, la espera se hacía larga. Pero, cuando se divisaba la proa, todo compensaba. Movimientos bruscos con los brazos, saltos como los de un patito mareado, gritos «¡Papi, aquí estoy!» (Pobre inocente, pues las únicas que la divisaban eran aquellas gaviotas a las que asustaba).

Subir por esa escalerilla que tanto se movía para abrazar a su padre. Mucho se lo pensaba, pues debido a que su imaginación no tenía límites, se visualizaba cayendo al mar, cosa que, como era de suponer, nunca sucedió. No obstante, una de aquellas tardes se detuvo en la escalerilla correspondiente para contemplar el agua bajo sus pies. Entonces



la diadema se deslizó de su pelo para caer al mar. Gran disgusto se llevó, pues esa diadema había adquirido la categoría de ser la favorita.

Aquel barco de turno, con ese olor tan característico, en el que invitaban a refrescos y frutos secos. Ella engullía todo como si no hubiese comido en días, nerviosa por los regalos que le aguardaban al llegar a casa, traídos de cualquier parte del mundo, pues ese era un dato que no importaba mucho. Recuerdos de una niñez. Recuerdos de una infancia feliz.

Transcurridos unos años, los colores de las rosas se tornaron, convirtiéndose todas en grises y negras. Su infancia perdió cuando le separaron de sus padres, trasladados al otro lado de la geografía española. No había nada ni nadie que la hiciera sonreír. Nadie podía sustituir el cariño de un padre y de una madre. Cambió su

carita risueña y sus juegos con Barbie y Ken por llantos y tristeza en su rostro. Ni *La Bella y la Bestia* ni *Liberad a Willy*, películas por las que sentía predilección, hacían que regresara su infancia. No comprendía que sus padres no la hubiesen llevado con ellos. Mas llegaron las vacaciones de verano y ahí pudo entender todo cuanto pasaba a su alrededor.

El sonido de un cóctel molotov ponía en aviso a toda una ciudad, la misma que unos segundos antes gozaba de gran belleza y señorío. Ahora, alertados por lo que se presagiaba venía a continuación, todos los ciudadanos de aquel bonito lugar corrían en busca de cualquier sitio en el que resguardarse en busca de seguridad. Un día el escondite era la barra de una heladería, otro el Club Náutico de la ciudad. Recuerda entonces a su madre con el rosario en la mano y rezando sin parar. Esa niña, desde que tuvo uso de razón, se caracterizaba por algo, por su enorme curiosidad. Y es que siempre sacaba la cabeza por algún hueco o sus ojos buscaban el ángulo perfecto. Esa curiosidad le hizo ser testigo una y otra vez del ritual de aquellos hombres. Cubrían su rostro con

un pasamontañas y se armaban con instrumentos que ella no era capaz de saber qué utensilios eran aquellos.

Comenzaban en el bulevar para luego trasladarse a la que entonces era la casa familiar. Incendiaban banderas, rompían ventanas blindadas, lo intentaban todo para poder acceder a él, su padre. Caminando por la calle, más de una vez su hombro rozó con el de cualquiera y pensaba ¿será este hombre el que quiere acabar con la vida de mi padre?, ¿o ese otro que no para de mirarme y casualmente camina en mi dirección?

En cada una de las circunstancias que vivía encontraba motivo para la distracción y la imaginación. Los escoltas, todo un mundo por descubrir, desde aquel al que cada dos por tres aleccionaban sus superiores para que fuese más perspicaz, pues a una legua se notaba su torpeza, hasta el que se tomó su cometido tan a pecho que ella acabó apodándolo *Kevin Costner* (y ella *Whitney Houston*, por supuesto, bien que se metía en su papel de cantante famosa).

Pasado el tiempo que todo lo cura, aquello quedó en una anécdota más para contar, y las rosas volvieron a recuperar toda la gama de colores que contiene cualquier arco iris en todo su esplendor. Sin embargo, para ella marcó un antes y un después. No volvió a recuperar su niñez, pero sí su sonrisa y su cara risueña, pues llegó a un pacto familiar. Allá donde el destino les enviase, ella iría por delante.

Y así fue, vivió entonces bonitas y gratas experiencias en una isla guanche con un encanto singular. Convivió con la cultura musulmana, de la que conserva muchas anécdotas que contar. Descubrió la pasión por la equitación. Conoció a lo largo de su juventud a grandes seres humanos, personas de diversas culturas y religiones.

Uno no elige la familia en la que nace, ni mucho menos el oficio de un padre. Aún así, esa niña convertida en mujer siente orgullo de sus progenitores. Gracias a la profesión de su padre, su vida está llena de vivencias, experiencias únicas e inolvidables. Gracias a su madre, por su entrega plena en la tarea de construir una familia, dejando todo para seguir al que fue, es y será el amor de su vida, abandonando su propio trabajo para dedicarse en cuerpo y alma a su marido, a sus hijas. Gracias a ambos, posee una familia construida bajo la base de sólidos valores humanos.

¿Qué más se puede tener en la vida? Hoy esa mujer entiende que es de egoístas pedir más, pues su vida está repleta de riqueza. Así pues, disfruta cada día como si fuera el último. De cada uno saca lo bueno y lo productivo y desecha lo malo y lo que le haga hacer perder el tiempo sin obtener nada bueno a cambio. No deja para mañana lo que bien puede hacer hoy. Y es que, el Señor bien sabe que no le tiene miedo a la muerte, pues ha vivido más que suficiente. Cada nuevo día es un regalo que Dios le concede, así su reto es hacer de ese día una bonita historia que poder relatar en primera persona.